

Ramón, ¿te paras ya?

Ramón tenía una culebrilla en el cuerpo, eso le decía siempre su abuela Juliana, porque no paraba quieto. Su mamá estaba de los nervios, era imposible llevar a Ramón a ningún acto social, cumpleaños de amigos ni nada, es que no se comportaba. Papá no lo llevaba desde hacía tiempo al Club de Campo, no era como los demás niños.

Su abuelo Fermín, lo tenía claro, iera un niño!, y los niños, se aburren en actos refinados, en conversaciones adultas... pero eso no convencía a nadie, ni al pobre Ramón que estaba tan acostumbrado al "¿paras ya?" que cuando le decían algo bueno ni se lo creía.

En el cole... tres cuartos de lo mismo. No paraba quieto en Lengua, ni en Mate, ni en Sociales, ni en Naturales. En Música paraba algo más, al igual que en Educación Física y Plástica, cosa que sorprendía a su tutor, Don Francisco, que ya se iba a jubilar y siempre comentaba: "Este niño me va a dar el curso". Don Francisco había visto a muchos niños como Ramón, pero apenas le quedaban ya fuerzas para poder trabajar con él como él quería. ¡Ay si le hubiera pillado hace unos años!, además, lo que tiene la experiencia, sabía que Ramón tenía grandes potenciales. Comentó con sus compañeros la necesidad de adecuar los horarios de clase del muchacho, y que él no podía casi atenderle, se jubilaba en febrero. Pero claro, no había horas para poder echarle una mano, todos los profesores tenían el horario completo.

Lo peor, fue cuando Don Francisco se puso malo antes de llegar las Navidades. Los primeros días, un caos, hasta que por fin mandaron una sustituta, Doña Clara.

Lo primero que le espetaron a Doña Clara nada más entrar en el cole, fue... prepárate para Ramón. Pero Clara no se asustaba por nada ni nadie. Miró el expediente, consultó con compañeras de algún otro cole, y más o menos tenía idea de cómo ganarse poco a poco la confianza y la atención de Ramón.

Llegó al colegio, y se presentó:

- Buenos días, me llamo Clara, pero tengo un problema, no conozco el colegio, ¿alguien me lo puede enseñar?

Todos levantaron la mano, menos Ramón, que andaba a lo suyo.

- ¿Tú cómo te llamas?
- Ramón.

- ¿Puedes empezar a enseñarme tú el colegio?, además os propongo un juego, cada uno me va a enseñar una zona, su preferida, y me va a decir por qué le gusta tanto.

Como empezaba Ramón, lógicamente empezó por... el gimnasio, ¡muy bien!, explicó que allí se iba a hacer ejercicio, a saltar, a trepar, a jugar con los zancos, al baloncesto, y que además había que obedecer al profe, pero que eso eran las reglas del juego. Uno por uno el resto de sus compañeros y compañeras le fueron enseñando el cole también, y diciendo por qué le gustaba cada zona.

Al volver a clase antes de entrar, Clara preguntó que a quién no le gustaba ese aula, y volvió a ser Ramón el que habló, y dijo que no le gustaba por lo contrario del gimnasio, porque no podía moverse. Ese recreo Clara y Ramón hablaron, Ramón le decía que a veces le apetecía moverse, que los niños y niñas no querían jugar con él, porque no paraba quieto, entonces Clara le propuso un trato, cuando Ramón necesitara ese movimiento, le haría un gesto a Clara, y ella le mandaría a por algo, o a buscar algo al baño, o al pasillo. Al principio Ramón se liaba todo, y se movía y luego hacía el gesto, poco a poco, fue controlando esa necesidad, y en lugar de estar pidiendo movimiento continuamente, fue controlando, si ya tenía que pensar en que tenía que moverse, controlaba ya la necesidad, luego la mayor parte de las veces, no hacía falta moverse, de vez en cuando sí, pero a todas horas no. Además poco a poco, había empezado a jugar otra vez con los niños, puesto que ya era capaz de estar quieto cada vez más ratito, cada vez más ratito. E incluso a veces, cuando Ramón hacía la señal, Clara levantaba a toda la clase para hacer algo divertido, como cambiar la silla, tocar el suelo. Otra cosa que le enseñó Clara a los niños y niñas de su clase, era el yoga, hacían ejercicios de concentración poniendo posturas rarísimas, controlando la respiración, el aire, o simplemente relajaciones al ritmo de una música superchula que sonaba a tambores lejanos (darbukas), a flautas mágicas y a agua, y a viento...

Los papás de Ramón no entendían por qué en el cole había cambiado pero en casa seguía igual, y decían que eso del tiempo muerto para moverse no lo entendían, que en el Club de Campo no podían hacer esas cosas, ni en la fiesta de puesta de largo de la hija de los vecinos, pero Fermín el abuelo seguía diciendo... "Que un niño es un niño, y tiene que moverse..."

Pau Glez.

Preguntas sobre el cuento:

¿Quién es el protagonista?

¿Qué le pasa en las fiestas de sus papás?

¿Alguna vez te has sentido así?

¿Qué le propone la nueva profesora?

¿Crees que al resto de compañeros y compañeras les gustan los cambios?

¿A quién benefician los cambios de Ramón?